

Ángela Velert Merchante

Erasmus Teacher

Después de tres largos meses debatiéndome entre ir o no de Erasmus con la situación COVID, decido comprar un billete de avión y embarcarme a la aventura. Tras dos aviones, dos trenes y un taxi, llego a Perugia, Italia.

Por fortuna, (como se dice aquí) que no por suerte, no tuve que hacerlo sola, iba acompañada de una buena amiga (telefónica), Elena, que la conocí en persona un día antes de volar. Siempre había escuchado hablar del Erasmus como una experiencia donde conocer gente y vivir nuevas aventuras. Pero ¿cómo iba a hacer esto si apenas se podía hacer nada? La suerte llamó a la puerta.

Conocí a Ricardo en un descanso entre clase y clase. Ricardo hablaba italiano, y yo estaba empezando a aprenderlo, por lo tanto, me costaba un gran esfuerzo poder comunicarme con él. Me dijo que llevaba en Italia toda la vida y que no sabía hablar “niente di spangolo”, entonces no me quedaba otra que seguir esforzándome. Nos presentó a todos sus amigos y comenzamos a hacer los pocos planes en grupo que progresivamente permitía la situación pandémica. Todo en italiano, por supuesto.

Se acababa el erasmus y estábamos todos pensando en lo vivido estos meses tan geniales; en cuando marcharíamos a nuestros países de origen. Ricardo decide acompañarme a la estación de tren el último día en la ciudad. Nos abrazamos, prometemos volver a vernos y cuando estoy a punto de irme hacia el vagón con mis 3 maletas esboza un: “Bueno nena, espero que apruebes el B2 porque vaya tela los mesecitos que me has dado de fingir que no sabía nada de español.” No sé si lo odio, o si lo quiero. Pero la experiencia ha merecido la pena y espero aprobar mi examen.